

Kenneth Rexroth

Novela autobiográfica

Edición de LINDA HAMALIAN
Traducción de CARLOS MANZANO

INTRODUCCIÓN

Cuando Kenneth Rexroth murió el 6 de junio de 1982, dejó tras sí una continuación de la *Novela autobiográfica*, publicada por primera vez dieciséis años antes por Doubleday & Company. Su método de composición fue siempre el mismo: dictaba los episodios y las digresiones en una cinta magnetofónica y, cuando una secuencia no lo satisfacía, la revisaba y la grababa en otra cinta. Se transmitían dichas cintas por las emisoras KPFA y WBAI de Radio Pacifica y su transcripción corrió a cargo de una letanía de secretarías: jóvenes interesadas en llegar a ser artistas, a su vez, amigas de poetas, vecinas que vivían en el distrito de Fillmore de San Francisco. Cuando Rexroth se planteó en serio la ampliación de la *Novela autobiográfica* para que fuera un relato propiamente dicho (en el libro había llegado hasta 1927), se había trasladado a Santa Bárbara para ocupar el cargo de profesor de poesía y canción en la Universidad de California. Carol Tinker, quien pasaría a ser su cuarta esposa en 1974, poco antes de que la pareja partiera para residir un año en el Japón gracias a una beca Fulbright, aceptó la tarea de amanuense para la continuación de la obra. En 1981, Conjunctions Press publicó *Excerpts from a Life*, un pequeño segmento del nuevo material, reeditado en el Volumen IV de *Conjunctions* (1983), revista literaria lanzada por Rexroth y su joven amigo Bradford Morrow, becario del programa Danforth de Yale que más adelante llegó a ser un novelista y editor de talento y albacea literario de Rexroth. Los especialistas en Rexroth disfrutaron con ese material enormemente. Los amigos sintieron mucha curiosidad. Como preguntó francamente Robert Duncan: «¿Qué iría a decir de nosotros, los jóvenes?»

Nada, resultó, porque *Excerpts from a Life*, adición interesante, abarca sólo el período entre 1927 y los primeros años del decenio de 1930, después de que Kenneth y Andrée, su primera esposa, artista consumada y ardiente miembro del Partido, partieron con mochilas al hombro para la Costa Occidental desde Chicago: prototipos —señaló Rexroth— de los niños de las flores del decenio de 1960. Las secciones probablemente más apasionantes son las que describen los encuentros de Kenneth y Andrée con Yvor Winters y Janet Lewis, quienes habían abandonado, a su vez, el Medio Oeste y habían acabado estableciéndose en Palo Alto, donde Winters había conseguido un empleo de profesor en la Universidad de Stanford. Sin embargo, a veces lo que Rexroth recordó en esas páginas no es exacto. También desdibujó las fronteras entre la realidad y la ficción en la *Novela autobiográfica* original, a veces recurriendo a nombres ficticios para personas reales, más para no hacer pública su intimidad (y prevenir litigios judiciales) que para abusar de la credulidad del lector, pero la verdad es que, aunque Rexroth gustaba de los cuentos chinos y le encantaba el cotilleo, su *Novela autobiográfica*, sus *Excerpts from a Life* y ahora esta tercera parte restante transmiten la cualidad esencial de su vida, además del flujo y reflujo de su imaginación. Contribuyen en conjunto a hacer de ella una lectura muy interesante. Los lectores más interesados en los hechos que en el disfrute de la narración no quedarán decepcionados, mientras acepten la realidad de que, como dijo el viejo amigo de Rexroth Frank Triest, casi todo lo que Rexroth cuenta es cierto de un modo o de otro.

Esa continuación llega hasta veinte años después del punto en el que Rexroth detuvo la *Novela autobiográfica* e incluye los *Excerpts from a Life*. Sin embargo, el nuevo material no es ni mucho menos tan denso como el original. Cuando Rexroth comenzó a componer la *Novela autobiográfica*, le interesaba mucho constituir algo así como una crónica familiar para sus hijas: en realidad, dictó

grandes secciones de ella delante de su hija mayor, que era como un auditorio cautivo en cierto modo, mientras la familia Rexroth vivió en Aix-en-Provence y viajó por Italia e Inglaterra durante el período 1960-61. Además, Rexroth había decidido dejar constancia ante sus lectores de la enorme magnitud de su vida intelectual. Los detalles eran extraordinariamente importantes para él, casi de forma exagerada, cuando, por ejemplo, insistía en nombrar todos los oscuros místicos cristianos que, al parecer, había leído a edad muy temprana. Y, dentro de la tradición de muchas autobiografías logradas, Rexroth estaba muy interesado en mostrar a sus lectores lo muy extraordinarias que habían sido en verdad su infancia y su adolescencia. La continuación carece de esa clase de intensidad, característica tal vez preferida por los críticos que pusieron objeciones al intermitente carácter ampuloso de la prosa de la *Novela autobiográfica*, pero los lectores han de sentirse atraídos por ese nuevo material, en particular las secciones en las que describe el año que pasó en Santa Mónica con Andrée, los primeros años de su vida en Potrero Hill con Marie Kass, su segunda esposa, las muchas horas que pasó trabajando de celador que actuaba como un médico en el pabellón psiquiátrico del Hospital del Condado de San Francisco y la génesis de lo que más adelante se conocería como Renacimiento Literario de San Francisco. Además, podemos participar de la euforia de Rexroth cuando explora las montañas de California y vuelve palpable su escarpada belleza.

Cuando yo leí por primera vez la continuación inédita de la *Novela autobiográfica*, era un borrador, más de trescientas páginas de transcripción no revisada, repetitiva y laberíntica. No se había intentado dar algún tipo de orden cronológico a sus diversas secciones. Tuve que desenmarañar la narración y a veces dar coherencia a la prosa sin alterar la voz de Rexroth. La narración se interrumpe abruptamente en 1947, al comienzo de un nuevo capítulo en la vida de Rexroth, su relación con su tercera esposa, Marthe

Larsen. Aunque el relato de un encuentro anterior de la pareja es inventado, estoy dispuesta a jugarle una buena cantidad de dinero a que los lectores habrían deseado que Rexroth hubiera podido seguir y seguir dictando sus grabaciones.

Linda HAMALIAN

PRÓLOGO DEL AUTOR (PRIMERA EDICIÓN)

Todo escritor, al leer el texto mecanografiado de un libro por última vez antes de enviárselo al editor, ha de preguntarse para qué ha servido tamaño esfuerzo. Una autobiografía necesita en particular una justificación de su autor. Es una labor de autojustificación que debe, a su vez, justificarse. ¿Por qué he escrito este libro? ¿Por qué lo he escrito como lo he hecho? ¿Qué significa para mí? ¿Qué espero que signifique para los demás?

Todo ser humano tiene en lo más profundo de su ser un cristal a partir del cual se desarrolla toda la multiplicidad de la personalidad, una secreta celosía molecular que rige el despliegue de todas las estructuras de la individualidad, en el tiempo, el espacio, el recuerdo, la acción y la contemplación. Estando dormido, hubo precisamente esos sueños y no otros. Despierto, hubo sólo esas acciones. Sólo esos hechos llegaron a materializarse.

Cada una de las células del cuerpo está marcada con la configuración de los genes que forman las rayas de los cromosomas del óvulo fertilizado original. Ése es el dato fisiológico, la menuda e infinitamente complicada configuración de la individualidad orgánica. También hay un factor psicológico determinante y secreto. Cada uno de nosotros es un individuo concreto —ése y no otro— de entre miles de millones de ellos. Creo que cada uno de nosotros conoce su misterio de un modo que precede a los orígenes de todo conocimiento. Ninguno de nosotros lo revela jamás. Nadie puede hacerlo. Lo envolvemos en palabras y lo ocultamos con hechos.

Y, sin embargo, siempre abrigamos la esperanza de que los demás sepan de algún modo que está ahí, que un misterio en el

otro que no podemos conocer corresponderá a un misterio en el yo que no podemos entender. La única satisfacción plena que ofrece la vida es ese sentido de comunión. Lo buscamos constantemente. A veces lo encontramos. Al avanzar en nuestra vida, comprendemos que nunca es completo y a veces es enteramente ilusorio.

Supongo que con el primer impulso el relato de estos veintidós años de mi vida fue un gesto de comunión con aquellos a quienes amo, con mis hijas en particular. En segundo lugar, fue, naturalmente, un intento de entenderme a mí mismo. No soy tan ingenuo como para creer que hablando sobre nosotros mismos revelamos quiénes somos, pero es posible que, a partir del relato, se pueda deducir un yo, como el descubrimiento de Plutón gracias a un análisis de las perturbaciones de la órbita de Neptuno.

Como última —y, como libro publicado, única— justificación, debo decir que es una historia interesante y de importancia histórica menor. A muchos puede parecer una infancia y una adolescencia de lo más atípicas. No creo que así sea o, si lo es, es al menos característica de una clase de vida americana.

Actualmente oímos hablar mucho de «hombres organizativos», «cultura de masas», «conformismo», «muchedumbre solitaria», «la minoría con poder» y su «conspiración de la mediocridad». Olvidamos que el propio volumen de esas críticas es una indicación de que nuestra sociedad sigue siendo radicalmente pluralista. No sólo hay muchos excepcionalistas que censuran la estereotipación de la cultura de masas, sino que, además, esa ristra misma de epítetos procede de una serie de libros que han figurado recientemente entre los más vendidos, síntomas de una tradición popular y viva de disidencia respecto del estado de cosas.

La mayoría de las familias americanas que se remontan a comienzos del siglo XIX y, desde luego, aquellas cuyas tradiciones se remontan a la colonización del país tienen un sentido de la responsabilidad más social y cultural que nacionalista. La sensación

CAPÍTULO I

Probablemente las obras de referencia clásicas estén acertadas al comenzar sus artículos biográficos con un resumen de los antepasados, los antecedentes y el ambiente de sus sujetos. Desde luego, a mí no me cabe duda de que ésa es la forma como debo comenzar mi propia autobiografía.

La familia Rexroth es de origen alemán y aún hay algunas personas con este apellido bastante destacadas en Alemania, aunque sus conexiones con la familia americana han de ser remotas. De vez en cuando una de ellas me escribe o viene a visitarme. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, oí hablar de un Gunther Rexroth que en la vida civil había sido director de distrito en la región de los Balcanes para la Compañía Agfo-Ansco. Durante la guerra había sido oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército en los Balcanes. Había sido capturado en Stalingrado, escapó para luchar en Rusia hasta el desplome de los ejércitos alemanes, fue capturado de nuevo y otra vez huyó, se encaminó hacia el Oeste, fue capturado por los checos, escapó de nuevo y por fin se rindió a los británicos al final de la guerra. Respondí inmediatamente a su primera carta y le pregunté si necesitaba algo. Respondió: «¡Oh, no! Nos va muy bien». Me envió fotos suyas: un tipo muy apuesto. Con el paso del tiempo, su *Geist* de los Nibelungos me pareció bastante repelente y abandoné aquella correspondencia. Según él, posiblemente en época tan temprana como el siglo XIII había sido una familia de campesinos de la cordillera de Harz que habían bajado a ciudades bávaras, donde el primer Rexroth que recibió ese apellido había sido un erudito.

La familia llegó a formar parte de la *intelligentsia* técnica y profesional, escritores y funcionarios en las pequeñas cortes de la Alemania occidental. Entre esa casta se originaron los apellidos latinos y semilatinos de los países teutónicos. Teniendo en cuenta las actividades de los Rexroth más antiguos, los primeros muy bien podrían haber sido judíos asimilados. Los cristianos de esa clase solían ser célibes y no fundaban familias. También he mantenido correspondencia con Franz von Rexroth, poeta más o menos de mi edad. Es profesor en Württemberg, una autoridad sobre Rimbaud, traductor de una gran cantidad de poesía china. Durante la guerra, tradujo los *Trente-trois sonnets composés au secret* de Jean Cassou, los mandó imprimir en una imprenta clandestina y los distribuyó él mismo. Inmediatamente después de que acabara la guerra, todo el mundo descubrió en Alemania que había sido miembro de la Resistencia, pero pocos pueden documentarlo tan bien como Franz von Rexroth. Parece de lo más simpático que imaginarse pueda, pero dudo que llegue yo a conocerlo jamás. Me desagrada profundamente todo lo alemán. Todas mis actitudes vitales son antagónicas con las de la cultura alemana. Nunca he podido leer a Goethe ni siquiera con un mínimo placer. Prefiero William Byrd a Bach. Ni siquiera me gusta el retablo de Grünewald. En realidad, lo detesto. Otro Von Rexroth fue juez en Turingia y después de la guerra los Aliados lo ahorcaron.

Hans Rexroth es un medievalista y especialista en los antiguos poetas en alto alemán y en Santa Matilde de Magdeburgo y Hildegarda de Bingen. Ésa es la única expresión de la cultura alemana que me ha atraído jamás. Hans Rexroth es un erudito riguroso y su crónica de la familia me parece la más fidedigna. Además, coincide con las tradiciones preservadas en los Estados Unidos.

El apellido fue originalmente Reiksrada, que significa «bien cortado» o «bien trazado», como un surco o una viga de techo. Fueron ferreteros, no campesinos, aunque procedían de la cordillera

CAPÍTULO 2

Mi abuela tuvo cuatro hijos: Minnie, mi madre, Delia, y los gemelos, Clyde y Dale. Este último murió en la infancia y dejó una leyenda de gran promesa. De él heredé una canica de cristal del tamaño de una de billar y con un precioso remolino dentro, junto con la responsabilidad de cumplir dicha promesa. Conservé la canica hasta mis treinta años de edad. Mi tío Clyde estaba obsesionado con su hermano gemelo y me contó que con frecuencia se despertaba por la noche con la sensación de que la mitad de él estaba en el otro extremo de la Tierra, se sentía vivo allí y tenía la sensación de que en todos los momentos importantes de su vida había alguien a su lado y un poco detrás de él, fuera de su campo visual. Estaba convencido de que moriría joven e hizo poco para impedirlo haciéndose platero. Se escapó de casa a Chicago con sus primeros pantalones largos y pasó su adolescencia de vendedor ambulante, vendedor de puerta en puerta, actor de teatro de revista, artista de circo, buscavidas en general, timador y aprendiz de cualquier oficio. Durante un período corto, fue el propietario de Cupid's Diary, la más ética de las agencias matrimoniales. Gracias a ella conoció a su excelente esposa, viuda menonita con tres hijos, y entonces sentó la cabeza y se dedicó a la platería. Como la mayoría de los plateros poco expertos de aquella época, practicó mucho la galvanoplastia y otros trabajos con ácidos y murió con los pulmones abrasados cuando tenía treinta y tantos años. Era un hombrecito amable, gallito y listo y en mi adolescencia pasé semanas enteras con él y con su esposa menonita. Por mediación de Clyde conocí a personas como Yellow Kid Weil y Yellow (Kid) Nunez y a una

diversidad de feriantes, artistas de variedades y de circo y músicos de *ragtime* y *jazz* de la primera época. Las mujeres eran robustas, rollizas, sudorosas y de tez rojiza. Los hombres eran como mi tío, bajitos y ágiles de pies y dedos, rateros, carteristas y timadores.

Mi tía Minnie era ocho años mayor que mi madre. Era una mujer guapa, alta, tenaz, con ojos azules y vivos y espeso pelo negro. Era elegante, pero se vestía con ropa demasiado seria. Al final de una jornada de trabajo, sus blusas estaban immaculadas y sin arrugas. A diario llevaba sombreros de marinero limpiísimos o de fieltro y sin adornos. Los de vestir estaban cubiertos de plumas de avestruz o flores. Sus vestidos de noche estaban confeccionados con materiales suntuosos, terciopelos gruesos, tafetanes crujientes, seda etérea, con el máximo escote que las costumbres del momento permitían. Era la jefa de la sección de guantes de los grandes almacenes locales y compradora de todos sus modelos de alta costura. No sabía ni freír un huevo. Tuvo una sucesión de parejas, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos y herederos de los ricos locales. Periódicamente, anunciaba su compromiso con uno de ellos. Después, al cabo de un mes o dos, el hombre dejaba de aparecer y se rompía el compromiso. Así siguió hasta cumplir los treinta y cinco años. Después, un Día del Trabajo en una comida campestre en el lago Silver conoció a un irlandés de Chicago y se casó con él aquella misma semana.

Se llamaba Paul Monahan. Trabajaba en los Corrales de Chicago y ganaba muy poco. Era un viudo con cinco hijos, un hombre abnegado y parco en palabras, aún conmocionado por la muerte de su primera esposa. Mi tía fue a vivir en su deteriorada casa de madera en Emerald Avenue, en Back of the Yards, el barrio de *The Jungle*, invadida por ratas y cucarachas y con el recuerdo permanente de la mujer muerta. Cocinó, horneó, limpió, lavó, planchó y remendó y cuidó a su familia entre enfermedades y muertes, mientras su situación económica mejoraba lentamente

CAPÍTULO 3

Yo nací el 22 de diciembre de 1905 en South Bend (Indiana). Mi madre había salido bastante de cuentas. Estaba sentada en un cabaret, comiendo una pechuga de pollo con pan integral y lechuga y bebiendo una copa de champán, como hacía siempre en esos lugares, y preguntándose en qué momento iba yo a aparecer, cuando empezó a sentir los dolores del parto. Mis padres estaban de visita en Elkhart, pero tuvieron la curiosa idea de apresurarse a acudir a Chicago para el nacimiento del niño. Tuvieron que sacar a mi madre del tren en South Bend y allí nací.

Mis padres alquilaron una casa junto al río y cerca de un parque. Aún recuerdo vagamente aquel parque. Una buena parte de él ha desaparecido. En algún lugar he escrito que recuerdo la estatua de Chevalier de La Salle en la pequeña avenida entre el río y el bulevar. Según me han dicho, la estatua ya no existe. En la otra dirección, había otro parque, el Hotel Oliver y la farmacia de nuestro amigo el Sr. Eliel en la plaza. Vivía cerca de nosotros con su anciana hermana, los dos de ochenta y tantos años.

Recuerdo que nuestra casa era sólida y cómoda, una de las casas de los moderadamente acomodados, construida al comienzo de la colonización de South Bend. Estaba en un barrio en cierto modo parecido al de Euclid Avenue, como en tiempos había sido en Cleveland, o el Hyde Park de Cincinnati, pero no tan espléndido.

Mi recuerdo más antiguo es el de estar con mis padres en una celebración del Cuatro de Julio y contemplando los fuegos artificiales. Recuerdo que mi madre y mi padre me sostenían por

turno en plena noche y que había una gran multitud y los cohetes reventaban por encima de nosotros y los buscapiés y las ruedas de fuego por el suelo. Yo tenía seis meses o un año y seis meses. Otro recuerdo muy temprano es el de un gorro de piel blanco con cabezas de ratoncitos. Recuerdo haberlo encontrado en el ático más adelante, cuando tenía siete u ocho años, y lo mucho que me encantó volver a verlo.

Solían llevarme en el cochecito de niño al parque de South Bend por encima del puente y me dejaban contemplar los peces debajo, en el agua. Recuerdo un día de invierno, en el que yo iba totalmente arropado y con el gorro blanco de piel en la cabeza. Durante los dos años siguientes conservé aquel gorro como una mascota.

Mi tío Clyde nunca tuvo hijos, como tampoco mi tía. En aquella época ninguno de los dos estaba casado, por lo que yo fui el primero y, según resultó, el único nieto. Mi tía, mi tío, mi abuelo y mi abuela y toda la familia por parte de mi madre se ocupaban mucho de mí.

No tengo otros recuerdos de aquella casa, sólo de una visita a ella en cierta ocasión, cuando era un adolescente, para ver el lugar en el que había nacido. Nos mudamos a Beardsley Avenue, en Elkhart. Era una calle tranquila de una zona residencial por encima del río, donde en aquellos tiempos estaban todas las mejores casas de la ciudad, donde vivían los fabricantes de medicamentos patentados, de instrumentos musicales, de calesas, de corsés y todos los demás ciudadanos principales de la ciudad en sus mansiones de madera, a veces de estilo paladiano o románico, y nosotros teníamos nuestra propia casita paladiana. Siempre he conservado una gran afición por las columnas y los pórticos. La llamábamos la Casa Blanca, como la de Washington. Ya no existe.

Teníamos una gran extensión de césped, árboles, un parquecito y detrás jardines preciosos. Hasta que me hice adulto, conservé una fotografía de la casa. La verdad es que era muy im-

CAPÍTULO 4

Mi madre convirtió la sala de billar en un aula trasladando la mesa de billar a un extremo de ella. En el otro estaba el aula para una sola maestra y un solo alumno, con pizarra, escritorio, dibujos, estanterías y cajas de juguetes —como ahora se llaman— educativos. Yo tenía otra habitación con más estanterías, armarios y pizarra, montones de fotografías en las paredes y todos mis libros, a medida que iba acumulándolos. Por la mañana temprano y en los días lluviosos también por la tarde, teníamos nuestras clases particulares.

En las noches de invierno junto al fuego, mi madre me contaba largas historias que eran —ahora lo comprendo— de intención educativa, sobre diversos aspectos de la vida y la ciencia y sobre cómo funciona el mundo, cómo se producen los alimentos, cómo es que la bombilla eléctrica da luz: las cosas que ahora se encuentran en los libros de texto para muchachos. En aquella época, aquellos métodos representaban las teorías educativas más avanzadas. También tenía yo muchos libros sobre mitología: historias de los dioses noruegos, la *Ilíada* y la *Odisea*, el *Ramayana*, la *Arturíada*, *Robin Hood*, el *Mabinogion*, *Las mil y una noches* y las dos colecciones de folclore irlandés de Lady Gregory. Ella me leía historias y pronto tuve libros sobre niños extranjeros: los bosquimanos de África o Australia, chinos, japoneses, esquimales e indios. Como a todos los niños, me gustaban en particular los esquimales. Ahora comprendo por qué insistía mi madre en particular en el folclore y las informaciones sobre los indios. En los Estados Unidos no tenemos nada que ocupe el lugar de los dioses y las diosas, los héroes y los semidioses del mundo antiguo. No hay

nada que nos conecte con la tierra. No tenemos mitología. Nunca ha sido posible crearla. La mitología de los padres fundadores, del cerezo de George Washington, de Johnny Appleseed y de Lincoln estudiando junto al fuego no es suficiente. El indio nos conecta con el suelo, con la tierra de los Estados Unidos. Pan, los sátiros, las ninfas y las Artemisas con cabezas de caballo o con muchos pechos o con forma de pez y las demás deidades prehelénicas locales vinculaban a los habitantes del mundo clásico con los rocosos huesos de Grecia. Los indios y sus costumbres son nuestra mitología, nuestros dioses de los campos, las fuentes y las alturas. Por esa razón, antes de que mis hijas supieran ninguna otra cosa sobre la historia americana, aprendieron mucho sobre los indios.

Mi madre y mi padre me hicieron juguetes que se parecían en cierto modo a los aparatos de Montessori. Algunos de ellos probablemente fueran juguetes de estos últimos o froebelianos, aunque no recuerdo ninguno de los que se abrochaban y se desabrochaban, se ataban y se desataban y que tanto gustaban a la Signora Montessori. Sí que recuerdo bloques de distintos tamaños y pesos, tallados y pintados con todos los colores del espectro y diferentes texturas, de los que ahora se pueden conseguir en cualquier tienda de juguetes de calidad. En aquella época eran totalmente revolucionarios. Pocas personas utilizaban juguetes educativos de buen gusto y cuidadosamente concebidos y que no se compraban en tiendas, sino que se hacían en casa o se importaban de Suiza.

Aprendí la Aritmética elemental y muchas Ciencias Naturales. Hacíamos todos los estudios de la naturaleza en los campos. El aula se llenó de colecciones: herbario, acuario, terrario, minerales, conchas, rocas, fósiles. Acabamos llamándolo «el museo» en lugar de «el aula». Recogiendo y estudiando esas cosas con mi madre, pasé los momentos más felices y líricos —así siguen pareciéndome— de mi vida. Sigo haciendo colecciones en todos los países extranjeros a los que voy. Ahora lo hago con mis niñas. Coleccio-